

NOVIA DE AZÚCAR

Ana García Bergua



COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES
GACETA CCH

NOVIA DE AZÚCAR

Novia de azúcar

© Ana García Bergua

Primera edición: septiembre de 2025.

D.R. © UNAM 2025, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria. Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, CDMX.

EDICIÓN NO VENAL

Edición especial realizada por *Gaceta CCH*
ISSN: 0188-6975

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México - *Printed in Mexico.*

NOVIA DE AZÚCAR



ALDANA
Y LOS VISITANTES





n el departamento 32 vive el famoso y respetado escritor Aldana, célebre por sus relatos breves, copiosos ensayos e inspirados poemas. Aldana es también conocido por su timidez, que algunos de su generación acusan de estudiada, y porque aquellos que han ido a verlo a su casa a últimas fechas —jóvenes colegas, periodistas— comparten la misma experiencia intrigante y un poco angustiosa. La mujer de Aldana, una mujer fornida, de cejas pobladas, abre la puerta, señala al visitante un sofá muy

cómodo entre libreros, adornos del África, plantas y jarrones, sirve unos refrescos y avisa que ahorita sale Aldana. Cinco minutos después aparece don Álvaro en su traje de escritor que anda por su casa: chaleco de lana, pantalón de *tweed*, boina cuando es invierno, calcetines a juego y zapatos cafés. Aldana se sienta frente al visitante en una butaca de pana marrón y da un sorbo al refresco que le ha dejado su esposa: una bebida de naranja, de color muy chillón. Luego intercambia con el admirador saludos, cosas generales, impresiones un poco cómicas del día presente. Cuando van a ir al grano –por ejemplo, cuando se le hace una pregunta o cuando un escritor le va a contar un problema–, Aldana se levanta y dice: espérame un momento. El visitante queda solo. Pasa por ahí una mujer

alta y muy maquillada, bastante fea, de pelo largo y negro, como de casualidad; ahorita viene mi hermano, avisa, y ofrece otro refresco o un tequila. El visitante los rechaza educadamente y vuelve a quedar solo. Pasan diez minutos largos, durante los cuales no le queda otro remedio que estudiar los cuadros y el librero del escritor con detenimiento. Por fin regresa Aldana, pide disculpas por la tardanza y conversa un poco más, encamina la plática a cierto punto de interés, generalmente político, y de repente vuelve a levantarse. Ahora vengo. El visitante pasa otro rato a la espera, que emplea ahora en hojear un viejo ejemplar de la revista *Impacto*, la cual se encuentra sobre la mesa de centro como por azar y mirando al gato de Aldana, que tiene la curiosa costumbre de maullar dormido.

Por la puerta que da a la calle entra un joven —que podría ser Aldana en sus fotografías de juventud, aunque igual de gordo que él y con una gorra—, el cual le dice al visitante: está esperando a mi tío, ¿verdad?, y se va por el pasillo, como en su busca.

Al cabo de tanto tiempo, el visitante comienza a estar muy intrigado; cuando Aldana regresa, el visitante le pregunta si sucede algo, si tiene algún problema, le ofrece regresar otro día, quizá, cuando esté menos ocupado, con menos familia que atender. Aldana niega de un manotazo. Qué va... cosas... qué sé yo, nada de importancia, murmura. Mil perdones. Vuelve a ofrecer otra bebida al visitante: ¿un whisky en las rocas, un martini, una cuba libre? Es un preparador de cocteles habilísimo y los mezcla con gran maestría

ahí mismo en la sala, donde tiene una pequeña cantina oculta detrás del librero y perfectamente surtida de todo lo necesario. Mientras vierte líquidos en la coctelera, Aldana cuenta varios de los chistes que lo han hecho famoso, aderezados con aforismos de autores clásicos. Luego se prepara un trago para él, una mezcla infame de tequila y refresco de uva con limón. El visitante se encuentra de lo más animado; tanto, que olvida las ausencias previas de Aldana. En el momento menos pensado, Aldana deja su vaso y vuelve a solicitarle un minuto. ¿Pues qué está enfermo, don Álvaro?, le pregunta, comedido y preocupado; si quiere lo dejamos para otra ocasión. No tardo, no tardo, se le oye decir desde el pasillo. Los que no le tienen tanta confianza se ponen una borrachera espantosa

esperándolo; los que ya saben cómo es la cosa se acuestan a dormir en el sillón, hasta que sale una mujer rubia, fornida, vestida de blanco, que se presenta como la maestra de inglés de Aldana y les avisa que de momento se tendrán que retirar: don Álvaro no puede regresar a la sala, mil disculpas.

El visitante, por lo general, no se molesta: a fin de cuentas, es un privilegio encontrarse en la casa de Aldana, es uno el que debería pedir perdón por estarle robando el tiempo. Muchos regresan a verlo después, esperando que cambie la suerte, que la visita se realice. No hay enojo, pero la intriga se abre camino poco a poco: ¿qué le pasa a Aldana?, ¿qué irá a hacer en los tiempos en que deja solos a los visitantes?, ¿no querrá que nadie más lo visite? Pero si él mismo llama para invitar, o

les dice: a ver cuándo te pasas por casa a que te dé una entrevista, preparo unos coctelazos. En los cafés, en los bares y restaurantes frecuentados por plumíferos y reporteros, se cruzan las apuestas. Unos aseguran que tiene una enfermedad gravísima en la próstata y no le queda de otra que orinar con dolorosa frecuencia. No, cómo crees, dicen otros: ¿no te has fijado que siempre que regresa te dice alguna cita o alguna anécdota chistosa? Eso es porque va a consultar sus libros, la conversación le recuerda cosas que leyó antes y las busca: es un bibliófilo apasionado. Al final, cuando no regresa, es porque se queda leyendo, embebido, olvidado del mundo. Es un verdadero hombre de letras y no pierde el tiempo chacoteando como nosotros. Cómo crees, dicen otros, se va a dar agarrones con la mujer esa tan

rara que tiene, esa que es igualita a él, pero con chongo, ¿no se han fijado? Pero cómo harían con el sobrino ahí, y la tía, y la maestra de inglés. Quizá todos viven una pasión incontenible ahí encerrados. El hecho es que nunca lleva a sus familiares a los cocteles, ni a las presentaciones, ni siquiera a su mujer, susurran unos en la esquina de la mesa. Yo, la verdad, a esa mujer tampoco la llevaría a ningún lado, se oye por ahí. Dicen que es ella la que diseña sus trajes de escritor en mesa redonda, escritor en el café, escritor en coctel, escritor en pijama de seda leyendo un libro y, el más elegante de todos, escritor recibiendo un premio, atuendos con los que ha salido fotografiado en diversas publicaciones. ¿Han visto lo cuidadoso de su vestimenta?

La conversación se desvía y enloquece. Son esas cosas que bebe, a cualquiera

le hacen daño, no es saludable, se burlan. O bien: te deja solo para reírse de ti en su habitación; cuando estás en el suelo de borracho, te toma fotos sin que te des cuenta. O: la familia lo tiene encerrado, eso es lo que pasa.

Dos o tres no dicen nada y cruzan los dedos debajo de la mesa esperando a que el tema de Aldana se agote pronto, o bien salga a la luz lo que realmente pasa. Son los que, desesperados, se han atrevido a levantarse para cruzar el pasillo larguísimo del departamento de Aldana en sus ausencias, con el pretexto de buscar el baño; han abierto la puerta del estudio y presenciado sus portentosas transformaciones. No lo van a contar, hasta que alguien más no lo diga. Pero ¿por qué nadie lo dice?, ¿será la admiración por el maestro? Ciertamente son cosas, que, mal vistas,

podrían estropear un poco el prestigio literario del gran escritor. Ahora bien, no entienden cómo los demás pueden ser tan inocentes, cómo a nadie se le ocurre. Si hasta el gato podría ser Aldana. Mientras, los demás continúan con las elucubraciones sobre la curiosa familia de Aldana y esa manía tan peculiar de abandonar a los visitantes en la sala, luego de haberlos emborrachado de manera, es verdad, un poco abusiva. Las crudas después de la visita, hay que decirlo, son como de otro planeta. 

LOS RESTOS
DEL BANQUETE





ída Betanzos, la mujer del 8, da clases de matemáticas en una universidad. Vive sola, tiene pocas ocupaciones, familia escasa, una relación furtiva y ocasional con otro maestro de la universidad, casado. Su vida no es mala: cumple con su trabajo, va al cine, toca el piano, es una *gourmette*. Estudia con mucho cuidado guías de restaurantes, a los que acude a probar nuevos platillos, eso sí, sin excederse jamás para conservar la figura. Ha probado toda clase de comida: china, japonesa, española,

danesa, alemana, polaca, argentina e incluso birmana. Últimamente anda un poco ansiosa. Siente que la vida se le va. Su relación furtiva con el profesor Aldo Podalski, a la que ha dedicado una cantidad inusitada de paciencia, es en realidad poco satisfactoria: el profesor Podalski anda siempre escapando, siempre con el tiempo encima, con miedo de que lo descubran. Ella misma ha espaciado esas relaciones, que empiezan a estorbarle. Antes podía decir, de manera elegante, que le divertían las situaciones equívocas; incluso se burlaba de las películas con romances supuestamente intensos, que no hubieran sobrevivido a una guerra o un cataclismo –los únicos profundos, a su entender–, pero a últimas fechas suspira cuando se topa con una de esas historias en las que un par de seres que

en apariencia se odian acaban descubriendose unidos por una atracción irresistible. Mientras juegues en el piano, ha repasado, como quien no quiere la cosa, la lista de hombres a los que detesta o desprecia, pero ninguno parece augurar una pasión oculta, todo lo contrario. Especialmente odia a su colega Heberto Franco, el clásico profesor cincuentón devora-jovencitas, atractivo y encantador. No soporta su arrogancia, su talante de sabelotodo, las entradas canosas que le dan un aire a Mastroianni en sus años maduros, su aparente *debonnaire*, esa fama de sensual que lo liga con media facultad. Sobre todo, se pregunta cómo, con el sueldo miserable que les pagan, invita a tantas alumnas a los restaurantes más caros y los hoteles más lujosos —se rumora en los pasillos que a alguna

de ellas le puso un departamento en Polanco—, amén de mantener a los dos hijos de su primer matrimonio, un par de juniors detestables. A ella, jura, nunca le gustó. Desde que lo vio acercarse por las oficinas de la dirección, casi deslizándose con aires de príncipe en medio de un séquito de huríes en pantalones de mezclilla, le pareció odioso: el dizque gran científico, un Einstein de provincia, un reyezuelo tuerto en el país de ciegos.

Hoy, después de cuatro semanas de malos entendidos, va a salir con Aldo Podalski. La semana pasada estuvo a punto de hacerle una escena cuando canceló, media hora antes, la cita que habían acordado para ir a ver una película china, pero se esforzó por no mostrar ansiedad ni enojo, sino simpatía y dulzura —sus armas secretas

para contrarrestar la tenaz resistencia de la señora Podalski—. Logró contenerse, aunque se quedó preocupada: serán las hormonas las que me tienen así, pensó. Ahora quedaron de verse en un restaurante tailandés, a reserva de que Aída descubra alguna maravilla gastronómica y le avise a última hora. Está perdida en su lista habitual de restaurantes, escuchando música, cuando recibe una llamada de teléfono: es Heberto Franco, la invita a cenar. Eso no lo esperaba. Desde antes de Semana Santa que no lo ve contoneándose por los pasillos de la Facultad, rodeado de sus admiradoras. Se queda muda preguntándose qué querrá. ¿Has oído hablar del *Bistrot Parisien*?, le pregunta Franco, como si le hubiera dicho que sí. Aída siente vagos temores. ¿Cuándo?, le pregunta. ¿Puede ser

hoy? Hoy no, piensa, hoy iré a cenar con Aldo. Por otra parte, no soporta la curiosidad de saber qué quiere Franco y no se anima a preguntárselo. Sí, responde. Puede ser hoy. Tendrá que llamar al profesor Podalski, pero trae apagado el celular y hablar a su casa es imposible, con esa esposa que ya se huele todo el *affaire*. A las diez y media, le propone a Franco. Éste acepta, un poco desconcertado. Seguramente sus relaciones habituales con las jóvenes lo tienen acostumbrado a decidir horas, lugares, bebidas y posturas, pero con ella tendrá que aguantarse.

La verdad es que está furiosa consigo misma. No puede creer que la curiosidad le haya jugado semejante trastada. Había planeado ir a la peluquería. Decide teñirse el pelo de un color rojizo y hacerse un corte más

juvenil: quizá el cambio de pelo haga que su vida se anime un poco. Ya para salir, se pone el vestido negro de cocktail y siente que le aprieta. Y eso que casi no come. Lo cambia por otro vestido color vino, más suelto; el talle alto le da un ligero aire de matrona, lo último que quisiera parecer a su edad. De todas maneras, no va a tener mucho tiempo. Sale corriendo del edificio. El portero está encendiendo apenas las luces de los pasillos. Ella le dice “buenas noches”; Aristarco le abre la puerta, pero no responde, como si no la reconociera. Aída se pregunta si no se habrá pasado con el color de pelo. Sortea un tráfico endiablado. En el restaurante la espera ya el profesor Podalski, con el mismo aire misterioso de siempre. Tendrá cuarenta y pico de años apenas, como Aída, aunque suele verse mayor,

quizá debido a su estatura. Mira hacia la puerta un poco nervioso, tomándose una cerveza. Son las nueve de la noche. Aída planea irse a las diez a encontrarse con Heberto Franco. No le gusta la idea. Hace tiempo que no se ha reunido con Aldo a solas: apenas se ha alimentado la relación de saludos disimulados y roces en los pasillos. Podalski se ha instalado, como siempre, en una mesa apartada, temeroso de que lo vea algún conocido: es la sombra de Elena, piensa Aída, que parece seguirlo a donde vaya. La saluda y le dice que el pelo así le queda muy bien. Se le ve cierta disposición romántica. Trae un suéter delgado de cuello redondo, azul, sin camisa y un saco. Un poco informal, pero deja ver su cuello tostado, correoso, que a Aída le gusta. Le entran ganas de mordérselo; le da rabia no haber sido

capaz de decirle a Franco que no, dejarlo para otro día. ¿Por qué no lo hizo, si tan mal le cae?, no lo entiende. Pide un vodka tonic y el menú. Le avisa a su amante que, desgraciadamente, tiene un poco de prisa. Aldo la mira sorprendido y triste. Quería estar más tiempo contigo. Después le toma las manos y le anuncia, con cierta pomosidad, que quiere salir de viaje con ella, escaparse de su esposa, poder abrazarla en una playa y en todas partes, sin miedo y sin escondites. Aída se queda paralizada. Debería sentir júbilo, satisfacción, y sin embargo está muy preocupada por espiar su reloj, decidiendo si deja o no plantado a Heberto Franco. Se queda en silencio, tomando apresuradamente su vodka tonic. Estás muy rara, le dice el profesor, ¿te pasa algo?, ¿no te alegra? Ella se pone a hablarle de restaurantes

internacionales, en lo que les sirven la sopa. Le pregunta si le gustaría ir a bailar a un lugar magnífico de rumba. Para celebrar, añade, y un poco de ironía se cuela sin querer en su modo de decir la frase. Él le responde que sí y se pone a comer su sopa desconcertado. El mesero trae los platillos principales y les ofrece vino; eligen un vino italiano. Aída come con prisa y deja la mitad de su pollo en salsa de coco, pues pronto darán las diez. El Bistrot Parisien está del otro lado de la ciudad. Puede llegar tarde para humillar a Franco. Su mente traza rutas y líneas diagonales que cruzan el Periférico, Insurgentes y Reforma huyendo del tráfico. ¿Qué pretenderá, se pregunta, si en muchos años su relación nunca ha pasado del saludo o de las juntas de trabajo en las que parece empeñado en ignorarla? No

debió haber aceptado, pero se conoce bien y sabe que no hubiera podido dormir en toda la semana. Tiene tendencia a padecer insomnio, en su caso puede durar varios días, así que más vale saber de una vez. De repente se da cuenta de que Aldo la mira irritado. Parece que se fue a otra parte y no lo percibió. Cena, cena, por favor, le dice al despertar de sus fantasías, pero el profesor ya acabó. Ella imagina este gesto de irritación, una vida cotidiana con las mañías de Aldo, su tendencia a posponer las cosas, su infinita dependencia, dramas y manipulaciones. Siente un poco de pereza. El cuello pierde el atractivo, se le quita por completo la ilusión. Le pregunta si quiere postre, como si fuera un niño. Él dice que no gracias, molesto por su falta de entusiasmo frente al anuncio del viaje. Ella pone

su mano encima de la de él. Por favor discúlpame, hay un asunto que me preocupa, pero tenemos que vernos muy pronto, le dice, ¿el sábado? Él no contesta y se queda mirando su taza de café con profundidad. No sé si pueda, yo te hablo, responde al fin. En realidad, es lo que siempre dice.

Aída cruza la ciudad para llegar al Bistrot Parisien. Cuando era joven, recuerda, algún hombre la llevó a ese restaurante; estaba de moda y servía para impresionar a las universitarias pobres. Le molesta que Heberto Franco la haya convidado al mismo lugar al que, seguramente, lleva a sus alumnas. ¿Pues qué se ha creído? Debería tenerle más respeto. Para colmo, acaba de cenar. Pasa lista a los platillos franceses que recuerda: todos pesados, desde la sopa de cebolla hasta el último volován.

Quizá una ensalada. Tomará vino, eso hará. Le dirá que no tiene hambre. Así lo pondrá un poco en su lugar: que se dé cuenta de que en su estómago no hay espacio para él. Le da gusto cuando se encuentra con un embotellamiento: que la espere. Enciende la radio. En el fondo de su alma aparece una pequeña chispa, aunque no quiere aceptarlo, una cosquilla porque la llamó Heberto Franco, quien después de todo es una persona importante, y ella lo hará esperar. No demasiado, eso sí, no se vaya a ir.

Cuando por fin llega al Bistrot Parisien, situado en una encantadora calle pequeña y arbolada en la que es muy difícil estacionarse, Heberto Franco no está ahí todavía. Su primer impulso es largarse, pero decide esperar un poco. Se tomará una copa y se irá. Algo digestivo,

de preferencia agua mineral. Se sienta en una mesa al fondo. Pide una copa de vino blanco. Se encuentra ya levemente mareada por lo que bebió en el tailandés. Por lo visto, el encanto y las atenciones que Heberto Franco cultiva con las jovencitas no son algo que a ella le pueda corresponder. Piensa que, en el fondo, Franco le tiene miedo. Seguramente la invitó porque necesita pedirle algo. Eso le da una sensación de poder. O quizá sólo le iba a pedir algo, pero como ya no la necesita, se da el lujo de plantarla. Ya verá ella cómo vengarse. Al terminar la copa, se dispone a salir. Si Franco le habla para ofrecer una disculpa, le dirá que ella tampoco pudo llegar, que no llegó nunca y se deshará en excusas hipócritas, de esas que hieren. Cuando se dispone a tomar el bolso, ve acercarse a ella una figura

que cojea. Es Heberto Franco, quien hace un mes se veía saludable a unos grados insultantes, y ahora es poco más que una piltrafa.

El taxi me dejó un poco lejos y camino muy despacio, perdón, le dice con franqueza. Ella se deja caer de nuevo en la silla. Nunca lo había visto así, está muy desmejorado: pálido, ojeroso, delgado, las mejillas pegadas a la mandíbula partida. Le han salido unos cabellos amarillentos en el cogote que arruinan el efecto de sus atractivas canas en las sienes. Y esa manera de caminar como jorobado. Junto a esto, Aldo Podalski es un Adonis. Ya llego, ya llego, avisa patéticamente, y Aída no puede contenerse de ir a tomarle el brazo para ayudarle a sentarse. Le pregunta si quiere ordenar de una vez una copa o un poco de agua. Un té quizá te siente bien Heberto,

añade, reprochándose en seguida ese tono maternal. Él pide un Sidral y resopla un poco, mientras se recupera en la silla. Menea la cabeza. Un virus espantoso, qué te digo, un problema hepático. Me mandó al hospital. No sabía, le dice Aída, sintiéndose culpable de ser, quizá, la única en la Facultad que no se había preocupado por su salud. Es una enfermedad muy mala, apenas la están estudiando, sigue él. Te deja como fulminado. Y que lo diga: parece diez años más viejo.

El mesero les pregunta qué van a ordenar. Heberto Franco pide un caldo de pollo; Aída olvida la gordura y el vestido, más lo que ha cenado y bebido, y encarga un filete casi crudo. Cuando se pone nerviosa, le da por comer carne. No hay cosa peor que ver al enemigo vencido prematuramente, y no por obra de

uno. También, en algún rincón de su alma, anida un poco de lástima, que le molesta. Ella no es mujer de lástimas. Sin embargo se aferra a ese sentimiento para exclamar: qué barbaridad, con gesto compungido. Es algo terrible, añade, no me lo imaginaba. Heberto Franco comienza a darle detalles de la enfermedad, un poco escabrosos: habla de vómitos y diarreas, debilidades infinitas y pérdida del apetito sexual. Aída se pregunta, cuando le traen su carne, si realmente le deseaba esas cosas horribles a este hombre. No puede olvidar, por otra parte, el gesto de irritación de Podalski cuando ella no respondió de inmediato a su gran anuncio del viaje, ¿pues qué esperaba, después de tanto tiempo, una escena hollywoodense en el restaurante? Mientras devora el filete,

continúa hablando: no te hubieras molestado en venir, me hubieras dicho, yo iba a verte con mucho gusto, si necesitabas algo te lo llevaba. Heberto Franco suspira sobre su caldo de pollo, que parece durarle eternidades: las primeras semanas recibí muchas visitas, pero la gente dejó de ir a verme. Sé que no soy bien apreciado entre los profesores. Aída tiembla un poco, pero lo disimula. Eso no es posible, toda la Facultad te admira; además, tus alumnas te adoran. Franco acusa la pulla con gesto de paciencia infinita. La cosa no es así, afirma, pero bueno, ese no es el caso. Tú sí eres una gente seria, Aída. Y se la queda mirando a los ojos. Lo único que conserva fuerza en aquel cuerpo es la mirada. Aída se sorprende. Él comienza a rendirle un inusitado testimonio de su admiración, habla de sus alumnos tan

brillantes y bien preparados, rememora con detalle los tres artículos que Aída –sin que nadie la ayude, por cierto– ha publicado en revistas académicas. Tú deberías estar en Harvard, añade, no aquí. Además, ese color de pelo te queda muy bien. El rostro de Aída se ilumina. La pequeña lástima que siente por este hombre comienza a dirigirse hacia la simpatía, pero se detiene: hay que ser prudentes. Tanto comer y beber la ha mareado. Le avisa a Heberto que tiene que ir al tocador, se encierra, orina, se lava; al mirarse al espejo se descubre un poco ojerosa. Hace lo que puede por recomponerse con el poco maquillaje que trae y arregla su vestido. Pero le brillan los ojos: después de todo, hoy es una gran noche. Un hombre ha decidido escapar de su esposa por ella, otro le da

un regalo a su vanidad, un regalo que no esperaba.

¿Y cuándo regresarás a la Facultad? le pregunta nada más al sentarse a la mesa de nuevo. Heberto Franco se encuentra absorto, su torso encorvado sobre el caldo, como si quisiera leer en él una revelación. Tan flaco está que la camisa le queda enorme; el cuello arrugado sale de la corbata como el de un pájaro. La manzana de Adán sube y baja con agitación. No sé, responde, quizá un par de semanas para dejar todo arreglado, o más. La verdad no sé cuánto tarde esto, añade con una sonrisa patética, eso si me recupero. Aída no quisiera, pero de sus labios sale la frase esperada: claro que te vas a recuperar, Heberto, no digas eso. Y también le toma la mano. La verdad, no sé qué va a pasar conmigo, murmura Franco sin

dejar de mirar el consomé en el que flota, cadavérica, una rebanadita de zanahoria: me he quedado solo. A la memoria de Aída acude el nombre de la última conquista de Heberto Franco, una alumna suya a la que llevaba de la cintura, casi del trasero, a todas partes: ¿Y qué pasó con Linda?, ¿tus hijos, te ayudan?, pregunta como al azar. Heberto Franco le responde con una sonrisa amarga, mezcla de dolor y de fastidio: los jóvenes no te tienen paciencia cuando estás jodido. Por fin te has dado cuenta, dice una voz adentro de la matemática, y ahora vienes a mí llorando. No sabe qué le pasa, pero de alguna manera está contenta de que Franco acuda a ella: es un asunto de profundidad, de saber con quién se puede contar verdaderamente. Se relaja y pide un capuchino espumoso y cargado.

El trago caliente le cae de maravilla. Franco pide al mesero que se lleve su consomé y le traiga un té de manzana. No sabe en qué momento, con gesto pausado, Franco ha tomado su servilleta, pero antes de limpiarse con ella se cae de las manos; qué débil está. Ella la recoge y al dársela, se rozan sus manos. Quizá a veces la vida trae alguna sorpresa. ¿Quieres pedir un postre?, le pregunta Franco, ¿una mousse?, aquí son muy buenas. Tráigale a la señorita la *mousse* de chocolate. Lo de señorita no pasa desapercibido. Ese vestido te queda muy bonito, dice él, y el color de pelo te ilumina la cara. Después la mira a los ojos: la verdad, siempre me gustaste. Te lo quería decir, porque no sé cuánto duraré. La verdad es que a Aída también, para qué ocultárselo; fue la primera en caer bajo el

encantamiento de sus aires de cincuentón interesante. En las primeras épocas leyó de sus descubrimientos con avidez y hubiera dado cualquier cosa porque se fijara en ella, hasta que lo vio con una alumna, luego otra y otra. Tanto odio, siente, finalmente no encubría sino una gran atracción, como en las películas. Escuchan embebidos, en silencio, al pianista del restaurante, quien ahora toca “La vida en rosa”. Después de todo, piensa, Heberto –ya lo llama Heberto– no se ve tan mal. Recuerda sus artículos, sus entrevistas –el matemático de los medios, le llamaban–, y acepta que es un hombre admirable, inteligente y encantador. Debajo de aquel ser amarillento que la mira como soñando atisba la guapura del Heberto de siempre y ella se pregunta si no estará soñando también. Le habla de una

novela que leyó, luego le acaricia la mano como si la escena de amor ya hubiera ocurrido y fueran ahora un viejo matrimonio que disfruta de una noche en calma.

Al parecer la *mousse* le ha caído un poco pesada, no debió comérsela. Todo ese hormigueo, el pensar que la noche continuará quizá en otra parte más íntima, termina en una intensa punzada en el estómago. Siempre ha sabido que no es bueno cenar tanto si no se está acostumbrada, pero lo había olvidado; se dejó llevar por la situación, no sabe qué le pasó. Le pide a Heberto que la disculpe un momento y otra vez va al baño, ahora a luchar contra un verdadero desastre estomacal. Se ha puesto pálida, sudorosa, tiembla sentada en la taza y no puede levantarse de ahí. Al cabo de un rato, una empleada le

pregunta si se siente bien, si puede ayudarla en algo. Un Alka-Seltzer, murmura ella, mareada. Después logra salir, echarse agua en la cara, esperar a la señorita con el Alka-Seltzer, que tarda años, mientras todo parece darle vueltas. Finalmente se lo toma, se deja caer en un taburete, esperando a sentirse mejor. La empleada es muy amable al principio, pero después comienza a impacientarse. ¿Quiere que venga el señor que está con usted?, ¿quiere que le llamemos un taxi? Aída se da cuenta de que no podrá permanecer mucho tiempo más en el baño. Se vuelve a echar agua, se estropea el maquillaje; para colmo, con la prisa del malestar se olvidó el bolso. Tendrá que limpiarse como pueda, pero el resultado no es muy alentador. Tampoco se siente bien todavía. Cruza el restaurante

sintiéndose observada: seguramente algunas señoras entraron al baño y escucharon su debacle, qué vergüenza.

Cuando llega a la mesa, Heberto está serio, malhumorado, la mira con un poco de decepción. Tuve que pagar la cuenta, le dice en un tono agrio. Aída toma su bolso y busca maquinalmente la cartera. Disculpa, algo no me cayó bien, ¿cuánto fue? No importa, responde él, lo que pasa es que con los tratamientos tan caros ando un poco mal, financieramente. Una Aída a la que apenas empieza a conocer comienza a sentir los efectos benéficos del Alka-Seltzer y le pregunta a Heberto si necesita dinero: déjalo, déjalo, quizá después, responde él, poniéndole el abrigo sobre los hombros, ¿ya estás mejor?, ¿qué te pasó? Mientras sale del brazo con aquel hombre, y lo sube a su

coche para llevarlo al departamento, Aída se da cuenta de que aquello va para largo: habrá que cuidarlo, y es probable que no vuelva a ser el mismo. Un resto, quizá, sombra de lo que fue. Un poco como ella. 

NOVIA
DE AZÚCAR





Rosenda la atraje con unos cirios rodeados de grandes rosas que había colocado en el altar de muertos. Ese año se me ocurrió adornarlo sin incienso ni calaveras; más bien parecía, me dijeron los vecinos, un arreglo de boda, debido al pastel, a la botella de champaña en vez del clásico tequila o la cerveza. En medio acomodé el retrato de Rosenda, otro más que encontré en el baúl de mi abuela. Supuse que había sido pariente nuestra, y que por algo merecería regresar.

Me metí a la cama y fingí dormir durante varias horas. De repente, en la madrugada, escuché ruidos como de ratón. Junto al altar me encontré a Rosenda comiendo con glotonería el pastel de bodas. Su sayo blanco, algo raído ya, ceñido a la cintura y escotado de acuerdo a la moda que le tocó vivir, estaba manchado de crema y migajas. Nadie la había traído jamás, me dijo, desde su muerte; siglos creía llevar sumida en una oscuridad con olor a tierra. ¿Cuánto tiempo ha pasado?, me preguntó sorprendida. No demasiado, le respondí, sin aclararle cuánto. Era una mujer muy bella, de carne generosa, con una llama de temor en la pupila. Contra su pecho estrujaba unos crisantemos de tela. Le preocupaba que éste fuera el Juicio Final, que nadie la fuera a perdonar por sus muchos pecados.

No te apures, susurré, quitándole el ramo, yo te perdonó. La ceñí por la cintura y descorchamos la champaña. A cambio de que me escuchara y de poder tocarla, le ofrecí saciar la sed y el hambre de tantos años. Con eso basta, me dijo ahíta, cuando pasadas las horas empezó a clarear el día. Luego se dispuso a regresar a su tierra ignota, pero yo la encerré con llave en el armario, sin hacer caso de sus gritos ahogados y sus lamentos. Me convertiré en polvo, lo queramos o no, gritaba entre sollozos.

Dejé pasar el día completo, hasta que el armario quedó en silencio otra vez. Mientras, me ocupé de desmontar el altar con cierta ceremonia. Al ocaso, dispuesta ya la cena en la mesa y descorchado un tinto que recordaba a sangre, decidí sacar a mi muerta del armario, seguro de encontrarla dormida

y hambrienta. Pero cuál no fue mi decepción: entre los chales de seda blanca de mi abuela yacía tirada, como empujada por el aire, una calavera de azúcar que llevaba el nombre de Rosenda en la frente de papel plateado, y que se me deshizo en polvo entre los dedos. 

ABRACADABRA





o supo cuánto tiempo llevaba atrapada en la oscuridad desde que el mago Chang Pi la guardó en su caja de truco, cerró la tapa, serruchó y dijo abracadabra. En lugar del doble fondo por el que siempre se deslizaba para reaparecer en la tarima del fondo, gloriosa en su vestido azul de lentejuelas, fue a parar a un pasillo forrado de paño negro, tan silencioso y suave que ahogaba los gritos. Sentía, de tanto en tanto, el aleteo de palomas que le rozaban los hombros desnudos y entre sus piernas se

enredaba el pelo suave de raudos conejos. Imaginaba que ellos también vivían ahí, desparecidos en el fondo del sombrero de copa o de la caja forrada con espejos de la que el mago solía extraer incontables pañuelos de colores. ¿Sería que la magia de Chang Pi se logró por fin? ¿Habrían sido sus anteriores escenificaciones con el doble fondo y la trampilla un ensayo para esta, su verdadera e impresionante desaparición, preparada por el mago en interminables pruebas físicas y alquímicas, o una rebelión de la verdadera magia contra las burdas puestas en escena de los magos? ¿Cuántas veces diría abracadabra el mago Chang Pi, luego de que ella se esfumara por completo? Para consolarse de la oscuridad, los mordisquitos y los picoteos en los tobillos, lo imaginaba repitiendo la palabra, desesperado, con

el público en incredulidad suspendida y ella inerte, atrapada en la oscuridad de la verdadera magia, en un túnel negro donde habitaban palomas, conejos, mascadas coloridas y naipes voladores. Abracadabra, abracadabra. ¿Cuánto tiempo pasaría perdida en el envés de las cosas, en la sala de espera de los sueños de los magos y de los espectadores que creen en los prodigios?

Exactamente, setenta y cinco años que en el mundo de Chang Pi duraron un solo instante, pues cuando el mago levantó la tapa del sarcófago de doble fondo —y no dijo abracadabra, sino “con ustedes, *mesdames et messieurs*, el mayor prodigo de todos los tiempos”—, su asistente Vivianne Chanteclair, hacía un minuto bellísima y radiante cuando se acostó con una sonrisa voluptuosa a recibir del mágico serrucho el mágico

desmembramiento, resurgió con el rostro desencajado en una expresión de absoluto desconcierto, el vestido azul ya sin lentejuelas, picoteado y sucio de cagarrutas de paloma, convertida en una anciana triste y sorprendida. El público y el mago aplaudieron a rabiar. 

EL IMAGINADOR





a son varias las horas que llevo aquí en el linde entre este zaguán y la calle, sin poder salir pues la lluvia no para.

He visto cómo la gente se aventura en el aguacero con la esperanza o la desesperación de llegar a alguna parte que no sea este zaguán inhóspito al que por cierto nadie entra, ni un habitante del sórdido edificio que semeja una bóveda llena de nichos cerrados alrededor del patio. No hay una sola luz en las ventanas y parece que dentro de poco, si la lluvia sigue, los departamentos

de la planta baja quedarán anegados, su *parquet* verdoso manchado por el lodo que ha de reinar sobre las paredes y los muebles escasos. No es que los haya visto pero lo intuyo. Llevo tantas horas aquí que no he tenido otro remedio que imaginar para matar el tiempo, imaginar qué hay en cada departamento, y sólo he podido concebir departamentos tristes, oscuros y olorosos a guisos recalentados, pero llenos de niños. Parvadas enteras de niños correteando por salitas diminutas, destrozando los tapices y los enseres de plástico sin que haya alguien con tiempo o convicción de detenerlos, ni siquiera con interés. Y me intriga pensar qué están haciendo ahora esos niños, dónde están sus madres solitarias o sus padres desesperados, dónde estará la mujer que, supongo, vive en el departamento tres —el más pequeño—

y seguramente arraiga como puede a sus amantes a esa diminuta y asfixiante habitación hasta que salen empavorecidos dejándole como recuerdo unos cuantos pesos, o unos gruñidos sonrientes mientras le hacían el amor.

En el cinco ha de vivir una viejita porque hay flores y un canario que está a punto de morir en este instante, pues nadie cubre su jaula. En el ocho no hay ni siquiera una cortina en la ventana junto a la puerta bien cerrada que desinvita: un hombre ha de habitar esa penumbra que nada oculta porque nada enseña, un vendedor, un mecánico o un pintor despistado.

El agua ya me llega a las rodillas, y todas estas personas deberían de salir como hormigas de sus cuchitriles, pero sólo hay silencio y el canto de la lluvia que colma el patio. A lo lejos se ven las

sombra de los buques, autobuses repletos de gente subida al techo, ondeando sus vestimentas como banderas. Afuera sí se escuchan gritos, gritos ahogados por esta lluvia que no termina. Quizá los habitantes del edificio están todos en la azotea, pero el agua me ametralla el rostro al tratar de mirar hacia arriba y no sé, no puedo saber dónde están esos niños que seguramente, los días de sol en que el patio ha de ser rasgado por los tendederos, ensuciarán la ropa lavada con sus deditos pringosos, tirarán las sábanas al piso corriendo alrededor de la ropa tendida, gritando y escondiéndose bajo las faldas de sus madres que los regañarán sin levantar la vista de sus manos callosas y afanadas en la espuma.

Probablemente la mujer del tres se fue a la iglesia y flota de rodillas entre las

bancas sin dejar de pedir perdón por sus pecados, o bien sólo ha ido a visitar a su hermana que vive en un piso alto y toma con ella café soluble mientras lloran juntas por el último hombre que huyó de su dominio tan limitado, en el que su cama navegará golpeándose con los burós y el lavabo. Espero que la viejita no haya muerto aun, su cadáver bañado por la lluvia y el gato trepado en alguna viga sin tener por dónde escapar hacia una dueña que viva unos años más. Y otros gatos de los que forman pandillas en los edificios lo han de estar llamando por su nombre de gato, lo invitan a un cobertizo seco y con ratas que alguno de ellos encontró, pero el micho no puede salir, está condenado a perecer con su dueña.

No sé por qué sigo en este zaguán si el agua ya me llega al pecho. Será que

a lo lejos sólo veo gente nadando y ambulancias que flotan haciendo sonar su sirena aunque de nada sirve que les abran paso. Avanzan tan rápido como el oleaje de la lluvia les permite, y lo mismo hacen los coches y los camiones. Da la impresión de que en la calle el agua está más honda, el edificio de enfrente está anegado y he podido observar con paciencia cómo rescató un camión convertido en lancha a los inquilinos de aquella mole que hunde sus mármoles en el agua con cierta gloria. Pero de mi patio todavía se alcanzan a ver los mosaicos verdes, así de limpida y poco profunda está aquí la lluvia. En este zaguán se ha de haber besado una pareja con desesperación, una pareja de desterrados buscando dónde ejercer su amor, hasta que seguramente la viejita saldría con su escoba para barrerlos de

sus baldosas, con la misma indignación con que ha de barrer los vidrios rotos y las botellas de los borrachos, que a la mañana siguiente los niños miran con curiosidad mientras las madres gritan no toques eso te vas a cortar desde las cocinas grises y olorosas a huevos revueltos con jitomate. Pero si-guen ocultas las madres con sus niños, los borrachos han de delirar en algún baldío y los amantes seguramente estarán ya separados, cada uno en su propia inundación.

Nado en el patio. Me asomo por la ventana del hombre y efectivamente veo un maletín que navega con la silla y la cama. Nada más. Toco a las demás puertas y nadie me contesta. He gritado y sólo recibo el eco de la lluvia. Braceo y me muevo con dificultad. Por suerte el agua está tibia y es una alberca

límpida este patio. La coladera se dibuja clara entre mis pies. Cuántas cosas deben haber perdido los niños en esta coladera: canicas, pelotas, muñequitas de plástico que les regalaron a las más pequeñas en Navidad. Dentro de poco sólo podré salir buceando a la calle, el zaguán va a ser cubierto pronto por la lluvia. Y todos los chismes que escucharía ese zaguán de boca de las madres y las viejas se van a disolver, quizás los pueda escuchar, de tanto en tanto, movidos por las pequeñas corrientes que se forman en el agua verdosa. El canario flota inerte adentro de la jaula, y las plantas de la vieja se ahogan en sus pesadas macetas. Pero no he logrado ver a la vieja por la rendija diminuta que deja abierta su cortina floreada. Por algunas ventanas empiezan a escapar los objetos de las casas, los

cucharones que pendían de las paredes, los calendarios, platos de peltre. Una pelota roja escapa de la ventana del cuatro: hay niños, sabía que hay niños. Pero ¿dónde están? Yo avanzo con lentitud, no hago pie en la lluvia.

El segundo piso rodea con un balcón el patio. Me he encaramado a él sin gran esfuerzo, gracias al agua. Aquí hay más puertas y un letrero: “Se rentan habitaciones”. Pero no hay nadie, tampoco, y las puertas se abren con facilidad. Es un desfile de camas deshechas, podría decirse cómo durmió cada ocupante, solo, acompañado, inmóvil, angustiado, si hizo el amor o fantaseó en solitario. Los pliegues de las sábanas relatan lo que ha sucedido, cada mancha corrobora una historia. Puedo ver cuántos cuerpos yacieron en cada uno, qué hicieron, si alguien lloró solo

o frente a alguien que lo hacía llorar, si alguien cenó en la cama, si dos desayunaron juntos después del amor, si tres bebieron y se ahogaron bajo una misma sábana, si cuatro fornicaron por turnos, si después llegó un quinto y hubo pelea, si seis mataron a uno o a dos. El agua ya trepa por la escalera que ha de haber sido prohibida a los niños de abajo, este piso es de adultos y de muchos, un desfile de hombre y mujeres que rentarían las habitaciones por días o por noches. Son pocas las pertenencias dejadas en cada una, y las pertenencias confirman las historias: un cepillo de dientes para el solitario, las medias y los platos de los que hicieron el amor, las botellas y los vasos de los que hicieron fiesta, los cigarrillos de los fornecedores, los lentes rotos de los peleoneros y el vacío desolador que dejó el crimen.

Todo está ahí, y las sábanas empiezan a acoger al agua, dulcemente. Las sábanas que han de haber respirado al ser lavadas por las madres de los niños, a diez mil pesos la docena.

En el centro del patio, centenares de objetos danzan sobre el agua y verde me saludan: ropa, enseres de cocina, revistas, artículos de baño y juguetes, muchísimos juguetes pequeños, baratijas. Los muebles se golpean contra las puertas a medio abrir. Trato de mantenerme a flote sin que nada me golpee, la lluvia insiste, persiste, hace corrientes, remolinos y el nivel aumenta, hasta que llego a una escalerilla de azotea. Subo y ahí están: todos juntos, refugiados bajo un cobertizo. Están las madres, algunos hombres, la viejita y los niños, muchos niños. Y cuando me acerco a ellos son amables, me ofrecen un refresco,

están guarneidos y preparados para varios días. A lo lejos, la ciudad ha quedado bajo el agua, ellos parecen haber recibido aviso, han sabido de antemano que la lluvia no quiere cesar. Y han encendido un fuego. Apenas me doy cuenta de que el edificio brega, avanza por las calles, y el hombre –el hombre solo del maletín– lo capitanea. Me invitan a sentarme. Dicen que, con suerte, en un par de días estaremos en Toluca y podremos anclar. 

ÍNDICE



Aldana y los visitantes	7
Los restos del banquete	19
Novia de azúcar	49
Abracadabra	55
El imaginador	61



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

RECTOR: Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

SECRETARIA GENERAL: Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

ABOGADO GENERAL: Mtro. Hugo Concha Cantú

SECRETARIO ADMINISTRATIVO: Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL: Dra. Diana Tamara Martínez Ruiz

SECRETARIO DE SERVICIO Y ATENCIÓN A LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA:

Mtro. Fernando Macedo Chagolla

SECRETARIO DE PREVENCIÓN, Y APOYO A LA MOVILIDAD Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA:

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL: Lic. Mauricio López Velázquez



ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

DIRECTOR GENERAL: Dr. Benjamín Barajas Sánchez

SECRETARIO GENERAL: Mtro. Keshava Rolando Quintanar Cano

SECRETARIA ADMINISTRATIVA: Lic. Rocío Carrillo Camargo

SECRETARIA ACADÉMICA: Lic. María Elena Juárez Sánchez

SECRETARIO DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE: QBP. Taurino Marroquín Cristóbal

SECRETARIA DE PLANEACIÓN: Mtra. Dulce María E. Santillán Reyes

SECRETARIO ESTUDIANTIL: Mtro. José Alfredo Núñez Toledo

SECRETARIA DE PROGRAMAS INSTITUCIONALES: Mtra. Araceli Mejía Olgún

SECRETARIO DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL: Mtro. Héctor Baca Espinoza

SECRETARIO DE INFORMÁTICA: Ing. Armando Rodríguez Arguijo



Novia de azúcar
de Ana García Bergua se
terminó de imprimir en el
mes de septiembre de 2025.
La edición consta de 100 ejemplares.
En su composición se utilizó la familia
tipográfica Espinosa Nova.
El cuidado de la edición
estuvo a cargo de Omar
Nieto y la autora.





**COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES
GACETA CCH**